

mero; no solo se habia inventado el metro épico, con un idioma que el uso habia suavizado y amoldado á todas las necesidades de la musa: existia ya el arte épico, cuando no la epopeya. Homero no hizo lo que Dios: no creó de la nada; pero todo se trasformó bajo su poderosa mano. Puso en órden y dió unidad á elementos confusos, dispartados, incoherentes, legado de las edades primitivas; dotóles de belleza, vida y duracion inmortales. No nos sorprenda pues ya el profundo olvido en que yacieron á su aparicion los aedas y sus obras. Decia Lucrecio, hablando de Epicuro: «Su genio ha eclipsado todas las estrellas, como el sol cuando se levanta y sube por el espacio (1).» Esa magnífica imágen, tan falsa en la aplicacion que de ella hace el poeta, hubiera caracterizado admirablemente el efecto por Homero producido.

### CAPÍTULO III.

#### Los rápsodas.

LA CÍTARA, LA FORMINGE Y LA LIRA.—RECITACION POÉTICA.—LOS RÁPSODAS.—  
LA RAPSONIA.—DECADENCIA DE LOS RÁPSODAS.—TRASMISION DE LAS COMPO-  
SICIONES POÉTICAS.—ANTIGUEDAD DE LA ESCRITURA ENTRE LOS GRIEGOS.

#### La cítara, la forminge y la lira.

Los aedas cantaban acompañándose con un instrumento de cuerda, el cual era una especie de laud, sumamente sencillo. A juzgar por las descripciones de Homero, ó mejor por los rápidos rasgos con que lo caracteriza, este laud tenia

(5) De la naturaleza de las cosas, lib. III, v. 4057.

dos mástiles, cuya parte superior se encorvaba hácia fuera y caia redondeándose; la caja, en la cual descansaban los mástiles, era oblonga y de forma rectangular, permitiendo poner el instrumento en pié; un yugo ó travesaño de madera unia por arriba los dos mástiles, y abajo habia otro travesaño análogo; las cuerdas se tendian por medio de clavijas colocadas en el yugo. Homero da habitualmente á este laud el nombre de cítara; pero lo que dice de la forminge prueba que ambos instrumentos se diferenciaban poco uno de otro: atendido su nombre, parece que la forminge era una cítara mas portátil. Homero hasta confunde sus nombres, de modo que ordinariamente dice *citarizar con la forminge*, si me es lícito traducir así su expresion; y dice tambien, una vez á lo menos, *formingear con la cítara*.

En los poemas de Homero no se menciona la lira. El *Himno á Mercurio*, en que se habla de ella por primera vez, es posterior á la *Iliada* y la *Odisea*, y por lo tanto, mal puede atribuirse al cantor de Ulises y de Aquiles. Por lo demás, la lira venia á ser lo mismo que la cítara ó la forminge perfeccionada: tenia tambien dos mástiles, pero menos torcidos que los del instrumento primitivo; y su caja en vez de ser plana y rectangular, estaba redondeada en forma de escudo, y era convexa como la concha de una tortuga. Las mismas palabras que en griego y en latin significan tortuga, son sinónimos poéticos de la lira. Al principio tuvo esta cuatro cuerdas; despues Terpandro la dió siete, y por consiguiente es probable que el laud de los aedas era apenas un instrumento tetracordio. Pero por mas sencillo que fuese este instrumento satisfacía las necesidades del canto, el cual durante mucho tiempo apenas fué mas que una



recitacion rítmica, una declamacion mas ó menos musical.

#### Recitacion poética.

Los aedas encantaban á los hombres con sus invenciones poéticas, con su dición armoniosa y con los acordes de la forminge y de la cítara. Muchas veces improvisaban, por ejemplo en las contiendas entre aedas rivales, y daban al viento las palabras volantes; pero muchas veces tambien sus cantos eran verdaderas composiciones, maduramente escritas de antemano, que no perecian con el instante de la recitacion. El aeda reproducia cien veces un asunto favorito, ó ante diversos auditorios, ó ante el mismo auditorio, que pedia su repetición. Este canto se grababa pronto en todas las memorias, y nada impedía que aun así se conservase algunos siglos, y se trasmitiese, mas ó menos intacto, mas ó menos alterado, á una lejana posteridad. La coleccion de los cantos que producía el ingenio de los aedas era un tesoro que aumentaba de generacion en generacion; y los aplausos del público no recibían con menos favor una repetición acertada de algun fragmento famoso de los maestros antiguos, que la recitacion de un canto recién brotado de la imaginacion de un aeda del dia. Tengo para mí que los mismos oyentes, no muy satisfechos de lo que se les daba, ó solo por variar sus placeres, no dejaban de obligar á los aedas, de buen ó mal grado, á hacer ancho lugar en sus cantos á la musa antigua.

#### Los rapsodas.

Habíanse gloriado siempre los maestros del canto de formar discípulos dignos de ellos; mas si bien les era fácil tras-

mitir á otros los secretos de la recitacion cadenciosa y del acompañamiento musical, ó las reglas de la versificación y de la composición poética; el espíritu de invención no era siempre la dote de aquellos herederos de sus trabajos. Por otra parte, muchos hallaban mas socorrido apelar á su memoria que torturar una imaginacion muchas veces remisa. Todo el esfuerzo poético de aquellos aedas degenerados casi se limitaba á la composición de breves *proemios*, προίμια, esto es, preludios, en forma de himnos religiosos; y estos proemios no tenían las mas veces relacion alguna con los cantos que les seguían. El mayor número de los himnos atribuidos á Homero no son mas que introducciones de este género, que servían para todos los fines, y muchos terminan con una fórmula muy significativa: «Me acordaré de otro canto.» Los recitadores poéticos de que hablamos, que ya no eran poetas, á lo menos comunmente, se les llamó rapsodas, y rapsodia á su método de decir los versos.

#### La rapsodia.

Llama Píndaro á los homéridas, ó rapsodas homéricos, cantores de versos épicos continuos. Los términos de que se vale no son mas que una diéresis de la misma voz rapsodia, y contienen ciertamente su definición *ῥαπτῶν ἐπέων ἀοιδοί* (1). Muchos empero entienden de otro modo este pasaje. Segun ellos, la rapsodia era mas que un método de recitacion: los rapsodas eran *costureros* de cantos épicos; unían unos á otros con transiciones de su invención los diversos fragmentos que recitaban en la misma ocasion. No necesito observar que esa era una tarea á menudo imposible, y casi

(1) *Nemeas* oda III, v. 4.



siempre de suma dificultad, á menos que los rapsodas se contentasen con transiciones del género del final de los proemios que he citado, en cuyo caso la *costura* no sería muy digna de su nombre.

Admito por un momento el trabajo de enlace atribuido á los rapsodas; hasta admito, si se quiere, que aquellos artistas eran hombres de ingenio. Lo que salía de sus manos podía tener mérito, lo concedo; pero en suma, solo eran mosaicos, en toda la extensión de la palabra, verdaderas piezas de taracea. Sus obras carecían de unidad, del pensamiento pristino que constituye el alma de un poema, y que brilla con mas ó menos fuerza, pero siempre vivo, hasta en los episodios, hasta en los caprichosos pormenores que al parecer no dependen sino de la fantasía. En todo caso, los poemas homéricos no se formaron con fragmentos así remendados: en la *Iliada* y la *Odisea* la unidad es tan clara como la luz del día.

Pero la rapsodia no era realmente mas que la recitación de una serie de versos de igual medida, enlazados, ó mejor, cosidos unos á otros de un modo uniforme.

Así es que este nombre se aplicaba, no solo á la recitación de las poesías épicas, sino á todo lo que reunía condiciones análogas de regularidad. Todos los cantos compuestos en versos hexámetros, todos los cantos compuestos en yambos, tenían su rapsodia. En fin, la palabra rapsodia era á menudo reemplazada en el uso por la de *estícodea*, como quien dice cantor de versos simples, no combinados en sistemas, y puros de toda mezcla con versos de metro distinto. El mismo Homero, en este concepto, era un *estícodea* y un rapsoda; y Platon pudo decir que recorria el mundo *rapsod-*

*dando* sus versos. Los que han establecido la división de la *Iliada* y de la *Odisea* en veinte y cuatro partes, dando á cada una de ellas el nombre de rapsodia, no trataban de significar con esta palabra un sistema particular de composición literaria: no vieron mas que el modo de recitación y el curso continuo de los versos, que corren del principio al fin de cada canto, de cada poema, siempre semejantes, siempre conformes con el mismo principio, como una onda sigue á otra onda y la impele delante de sí.

#### Decadencia de los rapsodas.

Si los antiguos rapsodas se preciaban aun de poetas, esta pasión mas ó menos feliz no turbaba ya mucho el corazón de los rapsodas del tiempo de Sócrates y de Platon. A la sazón era casi completo el divorcio entre la musa y los intérpretes de sus obras. El rapsoda ya no es mas que una especie de cantor, un histrion en su género. Ion de Efeso es el eco de la voz de Homero, y un eco armonioso; pero nada mas. Sócrates le pinta admirablemente lo poco que es, á costa de lo que él mismo se cree. «El talento que tienes, dice al rapsoda (1), de hablar bien sobre Homero, no es en tí un efecto del arte, como ahora mismo decia; es una fuerza divina que te arrebató, semejante á la de la piedra que Eurípides llamó magnética, y que los mas llaman heraclea (2). Esta piedra no solo atrae los anillos de hierro, sino que les comunica la virtud de producir á su vez un efecto parecido, y de atraer otros anillos; por manera que algunas

(1) Platon, *Ion*, cap. V, p. 853.

(2) El iman, que se hallaba cerca de Magnesia y de Heraclea, ciudades de Lidia.



veces se ve una larga cadena de pedazos de hierro y de eslabones suspendidos unos á otros, los cuales toman todos su virtud de la piedra. No de otra suerte inspira la musa al poeta; este á su vez comunica á otros la inspiracion divina, y así se forma una cadena de hombres inspirados.» Y mas adelante: «¿Ves ahora cómo el oyente es el último de los eslabones que reciben, como decia, unos de otros la virtud que la piedra de Heraclea les comunica? Tú, rápsoda y actor, eres el eslabon del medio: el primer eslabon es el poeta mismo.»

#### Trasmision de las composiciones poéticas.

Los cantos de los aedas religiosos no eran muy largos; las narraciones de los aedas épicos eran mas extensas, pero tambien se reducian á muy estrechos límites. Ninguna dificultad hay pues en creer que los aedas componian mentalmente, sin necesitar el auxilio de la escritura para fijar su pensamiento. Sus poemas estaban en la memoria de los oyentes, y particularmente en la de los discípulos; la escritura no era indispensable para conservarlos y transmitirlos á las generaciones futuras. ¿Quiere eso decir, empero, que nunca se consignasen por escrito, ó que no se conociese la escritura en tiempo de los aedas, y aun despues? ¿Es posible sobre todo explicar sin la intervencion de la escritura, no solo la conservacion y trasmision de poemas larguísimos, como la *Iliada* y la *Odisea*, sino hasta su composicion?

Con razon se afirma que el canto, y en particular el canto épico, era el pasto moral de los contemporáneos de Homero, y como su pan de cada dia. Afirmase tambien, pero muy gratuitamente, que la curiosidad apasionada de los

pueblos, la vigorosa imaginacion de los poetas y su memoria no menos enérgica, el conjunto en fin de los materiales poéticos acumulados de edad en edad, bastan para explicar el nacimiento de una *Iliada* y de una *Odisea*. El poeta, Homero por ejemplo, ejecutaba una tras otra, con arreglo á un plan rápidamente concebido, las diferentes partes de una vasta epopeya; recitábalas á compás, ajustándolas siempre al mismo plan, y así se continuaba á sí mismo en una serie de dias, interesando hasta el fin á los oyentes, cautivados por el enlace de la narracion y por los encantos de la poesía. Hasta se dice que asistian á ella los discípulos, tambien poetas, dóciles á la inspiracion del maestro y fieles á su voz, los cuales recogian los cantos á medida que brotaban de sus labios, los repetian despues en las solemnidades, y se los trasmitian unos á otros segun el orden por él establecido, como una herencia sagrada, como el título de su mision poética.

Incluyo esas hipótesis en el sistema de los que niegan, contra toda evidencia, la unidad de la *Iliada* y de la *Odisea*. Para ellos Homero es un nombre simbólico, y los poemas homéricos una coleccion tardíamente compilada de los cantos de los aedas y los rápsodas. No habiendo en ellos epopeya, tal como la entendemos, sino solamente fragmentos épicos, no hay para qué atribuir facultades sobrehumanas á los inventores. Los discípulos, á su vez, dueños de elegir entre las inspiraciones de los maestros, podian aligerar, cada cual á su talante, su carga poética, y satisfacer con un corto número de cantos bien escogidos, y sobretudo recitados con acierto, todas las exigencias de un auditorio que sin cesar se renovaba, y á quien no desagradaba la



repetición de las obras maestras. Pero desde que se admite la unidad de composición en las epopeyas homéricas, es preciso de toda precisión amontonar imposibilidades sobre imposibilidades, ó bien confesar que Homero no era únicamente un cantor. Sin el auxilio de la escritura, nunca hubieran existido los poemas homéricos, á no ser en bosquejo ó en embrión; la *Ilíada* no hubiera sido más que un canto por el estilo del en que celebra Demodoco la querrela de Aquiles y Ulises; y la *Odisea* habría enriquecido con algunos centenares de versos, en la memoria de los aficionados y de los rapsodas, la colección de aquellos cantos sobre el regreso de los héroes que á Femio le gustaba repetir, pero que desgarraban el corazón de Penélope.

#### Antigüedad de la escritura entre los griegos.

Es que la escritura, se dice, no se conocía en Grecia, en tiempo de Homero. Hé aquí las principales razones que en apoyo de esa paradoja se alegan:

Las leyes de Licurgo eran *rhetras*, ó edictos verbales, y se conservaron mucho tiempo por la tradición oral: las primeras leyes escritas entre los griegos fueron las de Zaleuco, muy posterior á Homero. Poquísimas son las inscripciones griegas de un tiempo anterior al de Solon; y las monedas griegas más antiguas, ó no tienen leyenda, ó los caracteres que llevan son raros y mal formados. Ni en la época de las guerras medas tienen las letras griegas rasgos perfectamente determinados: todo en ellas denota una estrecha afinidad con el alfabeto fenicio de que derivan; prueba de la poca antigüedad de esta importación, y prueba corroborada por el hecho notable de que en aquellos tiempos

los siglos de la escritura se llamaban caracteres fenicios. En fin, el silencio de Homero sobre el uso de la escritura alfabética es el argumento capital que demuestra, según los críticos, que este uso no se introdujo hasta pasada la época en que vivía Homero.

No es imposible responder á esas razones especiosas.

Si Licurgo no escribió sus leyes, fué porque solo quiso escribirlas en el alma y en las costumbres de sus conciudadanos. La palabra *rhetra* significa propiamente oráculo. Licurgo hablaba en nombre de la divinidad: sus leyes eran oráculos, ó á lo menos por tales las daba. Hizo expresamente un viaje á Delfos para autorizar con el nombre de la Pitia su *rhetra* fundamental, citada por Plutarco, relativa á la institución del senado y á la convocación de las juntas del pueblo entre el Babicio y el Cnacion. Escribir las leyes hubiera sido, según él, quitarles su divino carácter y reducir las al estado de palabra humana. Mal podía ignorarse la escritura en tiempo de Licurgo, puesto que las tradiciones recogidas por los historiadores nos representan al mismo Licurgo copiando, durante sus viajes, los poemas de Homero, y algún tiempo antes de su muerte, escribiendo de Delfos á sus conciudadanos para participarles el juicio de Apolo sobre sus leyes. Pero lo que refuta terminantemente el aserto de los críticos, es que una de sus *rhetras*, citada también por Plutarco, prohibía precisamente que se escribiese ley alguna.

Consignáronse por escrito las leyes de Zaleuco, por una razón contrapuesta á los motivos que decidieran á Licurgo á no escribir las suyas. Zaleuco era filósofo: sus leyes no salían del santuario de un templo, sino de la escuela de un sábio.



El preámbulo de estas leyes es un tratado de moral: el legislador se dirige á la conciencia de los hombres; no para imponer la obediencia, sino para obtener el asentimiento; no aspiraba, como Licurgo, á cambiar la naturaleza, ó á cambiar sus instintos, sino á regirla, poniendo la pasión ciega bajo la dirección de la razón ilustrada; en fin, no temía que se discutiese sobre su obra, sino que lo deseaba lleno de confianza.

No queda ningún monumento epigráfico del tiempo de Homero; demasiadas causas explican la desaparición de estos antiguos testigos de la historia. Nada queda tampoco de los monumentos de la escultura, de la cinceladura de aquella época; y con todo, nadie pretendería que entonces no se conocieron las artes del dibujo, y que las descripciones de Homero no corresponden á ninguna realidad. Por otra parte, ¿fuera irrazonable creer que el mismo pueblo hiciese uso de la escritura en materias portátiles, y no se cuidase de grabar en la piedra?

La primera idea de acuñar moneda pertenece á un rey de Argos, del siglo VIII antes de Jesucristo, posterior por consiguiente á Licurgo. La falta de signos alfabéticos en piezas casi contemporáneas de la invención, ó el escaso número de aquellos, ó su toscosa conformación, solo prueba la infancia de un arte difícil que poco á poco se fué perfeccionando. Nada hay en eso de qué inferir legítimamente la ignorancia de la escritura en tablillas de madera, en pieles curtidas, ó en papiro.

Que los caracteres de ciertas inscripciones griegas se asemejan mucho á los de las inscripciones púnicas, es incontestable; y de eso solo se sigue que la forma primitiva de

los signos de la escritura subsistió mucho tiempo entre los griegos, mas ó menos conocida. No niego que en tiempo de las guerras medas se conociesen aun las letras con el nombre de caracteres fenicios; pero los griegos nunca tuvieron palabra especial para designar los caracteres del alfabeto: valíanse de términos generales, como *elementos*, *dibujos*, etc. No es de extrañar que para hacerse entender añadiesen epítetos; y en tanto que no emplearon mas que las diez y seis cádmeas, esto es, hasta mediados del siglo V antes de nuestra era, el epíteto de cádmeas correspondía perfectamente á aquellas letras: el desuso en que cayó esa calificación, ya como simple adjetivo, ya tomada sustantivamente, se explica por la invención de las nuevas letras, que aumentaron en una tercera parte, paulatinamente á la verdad, el pobre alfabeto procedente de Fenicia. La fecha de la importación es problemática; pero la tradición, según la cual ocurrió tan notable acontecimiento en tiempo de Cadmo, esto es, en el siglo XVI antes de Jesucristo, tiene mas verosimilitud, á mi entender, y merece mas crédito que un sistema arbitrario que lo atribuye á una época posterior al principio de las Olimpiadas. Si no todo es históricamente cierto en la tradición relativa á Cadmo, el fondo de la leyenda es irrefutable; y la idea que constituye el fondo de esta leyenda, es la alta antigüedad de la importación de las letras fenicias en Grecia.

No se pretende que el silencio de Homero sobre la escritura sea absoluto; sería imposible: hay á lo menos un pasaje en que se trata ciertamente de escritura; pero sostiénese que no de una escritura alfabética. He aquí este pasaje famoso, y lo traduzco tan literalmente como puedo: «Proto



envió á Belerofonte á Licia, y le dió signos funestos, habiendo escrito en una tablilla bien plegada muchas cosas que habian de hacerle perder la vida; y le encargó que presentara la misiva á su suegro Jobates, para que Belerofonte pereciese (1).»

Nunca he podido ver en esas palabras sino lo que vió toda la antigüedad: trátase de una carta en buena y debida forma, muy detallada y bastante explícita para determinar á Jobates á un crimen contra las leyes de la hospitalidad. No me parecen decisivas las palabras *signos funestos*, las cuales no significan mas que un medio de reconocimiento, como así se manifiesta cuando Jobates, poco despues, pide ver el signo llevado de parte de Proto, y Belerofonte le enseña el *signo fatal*. El signo era la misma carta, la tablilla bien plegada en que Proto escribiera tantas cosas detestables. Argumentar sobre la vaga expresion *signos funestos*, es pues salirse de la cuestion, es hablar del continente y no del contenido. Dícese que la carta estaba escrita en caracteres simbólicos, ideográficos; pero dícese únicamente á causa de la palabra *signo* mal interpretada, que aquí menos expresa unos caracteres simbólicos que una escritura fonética. Trátase de saber si la larga carta de Proto era una representacion figurada á la manera de los jeroglíficos, ó un escrito en el sentido comun de esta palabra. Afirmase gratuitamente que eran jeroglíficos. ¿Porqué no tendria yo el derecho de afirmar, aun sin prueba, que era un escrito en letras alfabéticas?

No solo es gratuita la hipótesis que impugno, sino contraria á toda probabilidad, y hasta á toda verosimilitud. Cómo!

(1) *Ilíada*, canto VI, v. 167 y sig.

todos los pueblos congénéricos de la nacion griega se valen de la escritura fonética desde há miles de años, y la Grecia lo ignora! Cómo! un sistema completo de símbolos, capaz de expresar todos los sentimientos, todas las ideas, y de satisfacer las necesidades de una correspondencia entre parientes, desaparece de súbito, sin dejar un vestigio, ni siquiera la menor memoria! Toda la Grecia deja de pronto un antiguo uso, en cierto dia, para adoptar sin reclamacion alguna un uso extranjero! Los pueblos que se sirven de una escritura simbólica, la dejan muy dificilmente, cualesquier que sean sus inconvenientes. Los egipcios conservaron sus jeroglíficos con invencible obstinacion, aun á despecho de la conquistista, desechando el alfabeto púnico de los hicsos, el cuneiforme de los persas, y los alfabetos perfeccionados de los griegos y de los romanos: acabaron sí por escribir como todo el mundo, cuando ya no hubo Egipto ni pueblo egipcio, á no ser en la historia. Los chinos no piensan, ni remotamente, cambiar sus innumerables letras por un alfabeto mas sencillo y racional. Cómo! diré tambien, los fenicios se establecieron desde tiempo inmemorial en todas las costas de Grecia, comunicaron á los griegos el culto de Astartea, que tan graciosa llegó á ser entre los poetas con el nombre de Afrodita; tuvieron con los griegos perpétuas relaciones de vecindad y comercio: y al cabo de mas de mil años echaron de ver los griegos que podian tomar de los fenicios algo mas precioso que sus géneros y que la misma púrpura de Tiro! y estos griegos, que durante tantos siglos no se curaron de trazar á los ojos las palabras de su idioma, esperaron á que Homero hubiese cantado y á que su poesía llegase á tan admirable altura, para aprender en la escuela



de los bárbaros las letras del alfabeto! Por lo que á mí hace prefiriera cien veces, hipótesis por hipótesis, admitir que los pueblos primitivos de Grecia, aquellos pelagos cuyos monumentos aun nos admiran, no carecieron del conocimiento y uso de la escritura alfabética, de este maravilloso y potente vehículo del pensamiento.

Terminaré con una muy sencilla observacion. En aquellos tiempos en que la escritura alfabética era desconocida, cómo se ha dado en suponer, habia una especie de poesía que precisamente no estaba hecha para cantarse, y solo podía correr manuscrita de mano en mano. Hablo de los yambos. Las violentas sátiras en que Arquíloco desahogara su ira contra Licambes, declamadas en público por el poeta, ó por un rapsoda, hubieron de tardar en pasar al dominio de la rapsodia, cuando ya no eran para los oyentes sino hermosos versos, cuando ya no existian Licambes y Arquíloco, y el tiempo se habia llevado consigo las violentas pasiones que inspiraran al poeta yámbico.

Léjos estoy de haberlo dicho todo sobre una cuestion tan controvertida, y siento no haber llenado fructuosamente estas páginas. Quizás hubiera debido limitarme á declarar inadmisibile la paradoja que me he tomado la pena de rebatir; paradoja que, en definitiva, es un eco del escepticismo histórico del último siglo. Concíbese que los que niegan la autenticidad del *Pentateuco* hayan aplicado sus teorías á las obras de la antigüedad profana: para ellos la civilizacion era en el mundo una recien venida, la historia del alto Oriente un tejido de fábulas, y los monumentos del genio de las viejas razas, impudentes supercherías de falsarios. Ni las maravillas del Egipto de los Faraones podian con-

vencerles de que la humanidad tuviese desde hacia tiempo el don de realizar grandes cosas. A Dios gracias, pasó ya aquella miserable crítica que quitaba dos mil años de existencia á las pirámides de Mémfis; que sostenia que Maneton, Sanchoniaton y Beroso eran nombres imaginarios, y sus obras tan citadas por los historiadores, cuentos caprichosos forjados para dar pábulo á la credulidad del lector. Hemos visto salir de la nada á Nínive, que desapareció veinte siglos antes, y contemplado las obras del arte asirio; sabemos la fecha de las pirámides, y de monumentos mucho mas antiguos que las pirámides; podemos leer con nuestros ojos y tocar con nuestras manos papiros perfectamente auténticos, que contienen una escritura muy bien formada, y son anteriores de mas de mil años al nacimiento de Moisés. El sistema de escritura no importa: son manuscritos. Moisés nos parece algun tanto moderno, atendida tan prodigiosa antigüedad. ¿Qué dirémos pues de Homero, que vivió tanto tiempo despues de Moisés? Y si Moisés, hombre del desierto, jefe de una raza errante, dejó escritos, y no solo una tradicion oral, ¿cómo afirmar que cinco siglos y mas despues de Moisés, y en una nacion donde florecian las artes, siempre establecida en ciudades, relacionada con todos los pueblos del mundo entonces conocido, cubriendo con sus colonias en Grecia y Asia una inmensa extension de costas; cómo, digo, se tiene valor para sostener que entre los griegos, ya tan cultos, y aun tan admirablemente civilizados, el arte mas indispensable de la civilizacion era ignorado, no solo del vulgo, sino de los hombres que profesaban la poesía y consagraban su vida al cultivo de las musas; y que los niños de Tiro ó de Jerusalem hubieran podido dar lec-



ciones sobre los elementos mas sencillos á los incomparables genios cuyo esplendor brilla todavía en el universo?

El buen sentido es el pico que descarga los golpes mas seguros sobre el edificio de los sistemas harlo ingeniosos. No lo ignoraba por cierto el agudo filólogo que se negaba á toda discusion sobre los problemas suscitados con respecto á las epopeyas de Homero, y respondia con el poeta cómico á unos argumentos rechazados por la razon: «No me persuadirás, aunque me hayas persuadido (1).»

#### CAPÍTULO IV.

##### Homero.

DUDAS SOBRE LA EXISTENCIA DE HOMERO.—ANÁLISIS DE LA ILÍADA.—ANÁLISIS DE LA ODISEA.—¿LA ILÍADA Y LA ODISEA SON OBRAS DEL MISMO POETA?—NO HA HABIDO MÁS QUE UN HOMERO.—FECHA PROBABLE DE SU EXISTENCIA.—HOMERO ERA JONIO.—TRADICIONES VULGARES ACERCA DE SU VIDA.—CARÁCTER DE LOS DIOS DE HOMERO.—CARÁCTER DE AQUILES.—CARÁCTER DE ULISES.—CARÁCTER DE LOS DEMÁS HÉROES DE HOMERO.—HEROÍNAS DE HOMERO.—SENCILLEZ DE LA POESÍA DE HOMERO.—SUBLIME DE HOMERO.—SUS DESCRIPCIONES.—HOMERO JUZGADO POR LOS MORALISTAS.—ESTILO DE HOMERO.—SU VERSIFICACION.—TRÁSMISION DE LAS EPOPEYAS HOMÉRICAS.—OBRAS DE LOS CRÍTICOS ALEJANDRINOS.—DEL CANTO XI DE LA ODISEA.—CONCLUSION.

##### Dudas sobre la existencia de Homero.

«¿Quién creará, dice Fenelon (2), que la *Iliada* de Homero, ese poema tan perfecto, nunca se haya compuesto por un esfuerzo del genio de un gran poeta, y que, revueltos

(1) Aristófanés, *Pluto*, v. 600.

(2) *De la existencia de Dios*, parte I, cap. 1.

confusamente los caractéres del alfabeto, una casualidad, un albur, haya reunido todas las letras precisamente en la disposicion necesaria para describir en versos llenos de armonía y variedad tantos y tan grandes acontecimientos, para arreglarlos y coordinarlos con tanto esmero, para pintar cada objeto con todo lo mas gracioso, mas noble y mas patético, y para hacer hablar á cada persona segun su carácter, de un modo tan ingénuo y apasionado? Raciocínese, utilícese cuanto se quiera; nunca se persuadirá á un hombre sensato de que la *Iliada* no tenga mas autor que la casualidad.»

Irrefutable parecia esa argumentacion en el siglo XVII, hasta á Fenelon, esto es, á uno de los hombres mas conoedores de la antigüedad. Nadie entonces ponía en tela de juicio la unidad de la *Iliada* y de la *Odisea*, ni el arte que á la composicion de estas obras presidiera. Despues, empero, todo ha cambiado. El argumento de Fenelon no hubiera demostrado á Vico la existencia de Dios, puesto que Vico negaba precisamente la personalidad de Homero. Mucho menos aun hubiera convenido á Federico Augusto Wolf, segun el cual los griegos tardaron en aprender á formar un conjunto poético, á componer verdaderos poemas. Todo era casual en el nacimiento de la *Iliada* y de la *Odisea*, las cuales se habian formado sucesivamente de la reunion de cantos al principio distintos, y compuestos por los varios individuos de una misma familia de aedas; por obra de los siglos, y sobre todo por la compilacion hecha en tiempo de Pisistrato, habian llegado á ser lo que son. Lachmann, uno de los discípulos de Wolf, ha intentado determinar el número de los fragmentos primitivos que sirvieron para fabricar la